

Carlos Liscano

El sueño que no cesa

Mujer de cincuenta años. Cuenta la venganza que repetidamente ejecuta en un sueño. No quiere vengarse, pero en el sueño sí lo hace.

(Habla como actriz y no como personaje.)

Buenas noches. Voy a contar una historia... Quizás el teatro no sea el sitio más apropiado para contar lo que voy a contar... Algunos pensarán eso y quizás tengan razón, quizás sea verdad que estas cosas no son para el teatro. Yo pienso que el teatro es un buen sitio para presentar algo así. La sociedad tiene lugares para tratar asuntos como el que voy a presentar. El teatro es uno de ellos. El teatro es el lugar del entretenimiento, pero también de la divulgación, de la confrontación de ideas. ¿Es anticuado lo que estoy diciendo, lo que me propongo hacer?... Se trata de una historia de cuerpos, de cosas que le ocurrieron a los cuerpos de muchas mujeres hace muchos años en este país. Es un pasado de

los cuerpos, un pasado que se niega a pasar porque está en los cuerpos.

(Pasa a ser el personaje.)

Necesito que me ayuden. Vengo a presentar un caso. Hablaré de algo que me ocurre y dejaré una pregunta para que ustedes juzguen, para que juzguen y, quizá, también para que me juzguen.

(Pausa.)

Ni siquiera es necesario que juzguen, ni mucho menos que me juzguen. Pero si yo lograra transmitir mi sueño ustedes deberían ponerse en el lugar del otro, es decir en el lugar del personaje de mi sueño. Porque es un sueño lo que voy a contar, un sueño que no sé si puede ocurrirle a cualquiera, pero a mí me ocurre, desde hace treinta años.

(Pausa.)

Imagínense que hay un tipo que uno ha odiado durante años, muchos años. Uno, ustedes, yo, lo he odiado no con dedicación, pero sí con constancia. Una no quiere odiarlo ni se ha propuesto odiarlo, pero el odio ha estado presente todo el tiempo. No de modo permanente, pero el odio ha estado ahí, en la cabeza de uno. Y sin proponérselo, una, en el momento y en la situación menos pensada, ha sentido que el odio le ocupa la mente, el corazón, le corrompe el pensamiento, los sentimientos.

(Pausa.)

Cuando hablo de odio hablo de algo muy profundo, determinante. Algo capaz de retorcer toda la vida de una persona. Algo a lo que una puede dedicarle inmensas energías y que acaba por dominarle la vida.

(Pausa.)

Odio, hablo de odio, algo íntimo más allá de todo lo imaginable.

(Pausa.)

No es que una quiera odiar. El odio está en una aunque una no quiera tenerlo. Aunque una quiera expulsarlo el odio permanece, oculto, a la espera, en algún lugar dentro de una. El individuo odiado ha estado presente en un rincón del cuerpo durante muchos años y una se ha acostumbrado a ejercer ese odio abstracto, persistente. No todo el tiempo. Es solo de vez en cuando, sin intención, sin querer odiar. Nada concreto, nada específico. Una ni siquiera ha visto a ese individuo en treinta años, pero la mente lo ha tenido siempre presente. Pero el cuerpo no ha olvidado. El odio se lleva en el cuerpo, en el mismo cuerpo que todavía lleva el miedo, y lleva las marcas de la violación.

(Pausa.)

¿Qué ocurre con ese odio? Nada, la persona que odia vive, y el otro, el individuo odiado, también vive, en algún sitio, en la misma ciudad. Hasta podrían ser vecinos, vivir en el mismo barrio, en el mismo edificio. Una sabe que ese odio no sirve para nada, que termina corrompiendo los sentimientos, las ilusiones. Pero no puede evitar odiar. No puede hacer que el odio desaparezca, que se

olvide, que se vaya. Porque el cuerpo, que todavía conserva el terror que una vez sintió, también conserva el odio.

(Pausa.)

Y un día, por azar, por un camino inexplicable, una tiene al individuo odiado entre las manos, indefenso, y puede hacer con el tipo lo que quiera. Una está en su casa, o en cualquier sitio, y el azar de la vida hace que pueda hacer lo que quiera con el individuo odiado. Sin causa, sin motivo, ese individuo cae en las manos de quien lo odia. Como en un sueño, digamos.

(Pausa.)

Es un sueño, sí, es un sueño. Nada ocurre en la realidad porque se trata de un sueño. Pero el odio no es soñado, el odio es real, ha existido en una durante treinta años.

(Pausa.)

Cuando digo odio no me refiero a un sentimiento pequeño. Digo odio en el sentido más fuerte que pueda tener la palabra odio. Me refiero al odio que se siente hacia un torturador, un violador, un asesino sanguinario. Una lacra, una basura humana que a unos los ha hecho sangrar a golpes, y a otros los pasó para el otro lado por pegarles cuando el corazón le pedía a gritos un par de horas de descanso. Que metió sus sucias manos en el cuerpo de mujeres desnudas, atadas y encapuchadas. Que esperó que una madre pariera para quitarle el hijo y después ordenó que a la madre le dieran un tiro en la cabeza.

(Pausa.)

Me refiero a cosas atroces sobre las que ustedes han leído u oído hablar. Cosas que pasaron en este país, en esta sociedad hace años y sobre las que, también hace años, la mayoría decidió que no quería enterarse, que no quería saber, que no quería que nada se investigara.

(Pausa.)

Creo que me explico cuál es la cosa, de qué hablo. Creo que no es necesario abundar. Estoy hablando de un tipo de gente que no todo el mundo conoce, pero sabe que existen. Sabe que existen y mira para el costado.

(Pausa.)

No, no mira para el costado ni se desentiende. No estoy acusando ni juzgando... Creo que es difícil imaginarse a un individuo así. Es difícil vivir mirando lo atroz que le ha ocurrido a otros como si fuera algo propio. No acuso. La vida siempre continúa y eso es lo mejor para todos.

(Pausa.)

Bueno, es un sueño. En el sueño repetido una tiene a su disposición al individuo que ha odiado durante treinta años y puede hacer con él cualquier cosa. La pregunta es, ¿qué hace una entonces?

(Pausa.)

No tiene mayor importancia la pregunta, pero de lo que una haga en el sueño puede llegar a saber quién es, hasta dónde es capaz de llegar, dónde ha puesto sus límites.

(Pausa.)

Es un sueño, y todavía me ocurre después de tanto tiempo. Han pasado muchos años y he soñado lo mismo muchas veces, y he reelaborado mucho el sueño. Le he quitado partes enteras, lo he simplificado, pero también le he agregado detalles. Con los años lo esencial del sueño permanece.

(Pausa.)

¿Qué quiere decir este sueño? Nada. Quiere decir que así soy yo. El sueño me enseña cómo, quién soy yo. Cuando me despierto y pienso en el sueño, sé que así soy yo.

(Pausa.)

Es así... Esto no es el sueño sino cómo yo me cuento el sueño cuando estoy despierta. En el sueño estoy en una sala.

(Pausa.)

En la sala no hay muebles, nada que la identifique. Una sala limpia, pero de aspecto sucio. Huele a desinfectante y parece sucia aunque yo sé que está limpia. Hay una mesa, una silla, un cenicero enorme. Hay una mujer sentada a la mesa. La mujer que está sentada soy yo. Soy yo hace muchos años, cuando era muy joven..

La mujer del sueño se dirige a un hombre que permanece de pie. Le hablo con corrección, tranquila, respetuosamente... Esa mujer, yo, en ese momento, en el sueño tengo un inmenso poder sobre el hombre que está delante. Puedo hacer con él lo que quiera. El hombre lo sabe y tiene miedo. Es un hombre encapuchado, con las

manos atadas a la espalda. El hombre está sucio, maloliente. Probablemente esté también herido.

(Pausa.)

Antes, hace mucho tiempo, el hombre estaba herido. Después, con los años, el sueño fue cambiando. Ahora no aparece herido. Aparece sucio, maloliente, tembloroso. Respira con dificultad debajo de la capucha. Siento su respiración. Sé que tiene miedo de lo que yo pueda hacerle, de lo que pueda decidir.

(Pausa.)

Yo siento que puedo hacer con ese hombre lo que quiera. Porque él me ha torturado, me ha vejado, ha llevado a hombres y mujeres a desear la muerte antes que la vida. Ahora lo tengo a mi disposición y voy a decidir qué hacer con él.

(Pausa.)

Esto me ha ocurrido durante treinta años. Hace treinta años él me torturó, me vejó, como torturó a cientos de hombres y mujeres. Yo he cambiado, he construido mi vida, y a la vez he reelaborado con paciencia los hechos del sueño. Hay un momento en que dudo. Lo tengo delante de mí y me viene la duda respecto a si lo que quiero hacer está bien, si corresponde. Yo no podré actuar como él lo hizo conmigo. Estoy segura de que no le haré lo que él me hizo. Estoy por tomar una decisión y dudo. Y siempre, en estos treinta años, me sorprende de que de pronto yo decida vengarme.

(Pausa.)

Ordeno que sea colgado del techo por las muñecas. Doy la orden no sé a quiénes y lo hago delante del hombre. Lo hago sin dudar, con frialdad, con ganas. Mis palabras son terribles para cualquiera y salen de mi boca. Le digo al hombre que será colgado para que tenga tiempo y oportunidad de reflexionar sobre lo que ha hecho. Que con hambre, sed, olor a sudor, olor a sus propios excrementos, más el dolor, el agotamiento, el desgarramiento de los músculos, pueda reflexionar durante cada segundo, cada minuto, cada hora si todo aquel dolor que me infligiera a mí y a otros tenía algún valor ético, legal, patriótico. Allí permanecerá para que intente saber si vale la pena torturar, vejar y matar en la tortura por alguna razón, idea o institución que alguna vez él haya imaginado y creído como cierta y verdadera. Que permanezca así hasta sentir que la piel, los huesos y el cerebro se le desintegran en grito, en dolor, en nada, después de haber encontrado la verdad y lo justo.

(Pausa.)

Ésa es mi orden. Soy yo quien la da. Es en el sueño pero soy yo quien actúa de ese modo.

(Pausa.)

Cuando llego a este punto el sueño se termina, me despierto. Entonces sé que ya no podré dormir durante muchas noches.

(Pausa.)

Sé que ésa, la del sueño, soy yo. Sé que ésa también soy yo.

(Pausa.)

Yo soy ésta, la ciudadana que tiene una vida común, que va a su trabajo, cuida su familia, saluda a los vecinos, festeja el cumpleaños de sus hijos. Pero también soy la del sueño. Y sé que él (*Señala a hombre que está colgado.*) y yo convivimos, y seguiremos juntos en el sueño hasta la muerte.

(Pausa.)

Durante treinta años me he vengado en sueños de ese hombre. Él me torturó y me vejó una vez. Yo lo he torturado durante treinta años.

(Pausa.)

Lo que quiero preguntarles es: ¿esto quiere decir que yo me parezco a él? ¿Consiguió que él y yo nos parezcamos para siempre?

(Pausa.)

¿Será que el triunfo del verdugo se vuelve inexorable y eterno y yo he acabado siendo como él?

(Pausa.)

Eso quería preguntarles.

Gracias.